

## Entre la tierra y el aire

MARCO ANTONIO HERNÁNDEZ BADILLO

Prólogos de Belem Oviedo Gámez y Eugenio Martín Torres (español e inglés).

Edita Archivo Histórico y Museo de Minería. Asociación Civil, Pachuca,  
Estado de Hidalgo, México, 2009, 212 pp. ISBN: 978-968-7972-03-09

El encuadre lo es todo: en la pintura, en el cine, en la fotografía, un límite casi siempre rectangular o cuadrado contiene lo que vemos y al mismo tiempo sugiere lo que queda fuera, que equivale a lo que las palabras de un relato no dicen y al mismo tiempo que hay justo antes del principio e inmediatamente después de la música. Después de la música queda su resonancia fantasma flotando en el aire, un silencio que ya no es el mismo que había antes de que empezara. Escribir sobre algo es no escribir sobre otro asunto que se deja de lado; contar una historia es no contar otra que habría sido igual de posible, y por eso la maestría algunas veces consiste —en Jerome David Salinger (*El guardián entre el centeno*) con mucha frecuencia— en contar algo y al mismo tiempo estar contando o sugiriendo lo contrario. Corregir lo escrito es muchas veces borrar y tachar: es el peso de lo no dicho y sin embargo presente lo que al gravitar sobre las palabras les da esa densidad misteriosa cuyo resultado es la poesía. Cervantes escribe en el *Quijote*: ... *y pide que se le alabe no por lo que dijo sino por lo que dejó de decir*. Frase enigmática.

Un arte por naturaleza tan económico como la historieta logra sus mejores efectos de concisión gracias al encuadre y a la elipsis: en las dos o tres viñetas de una tira diaria se asiste a la maestría de quien lo dice todo dibujando lo mínimo, usando las mínimas palabras. En muchos cuadros y fotos memorables, como en este libro, aparecen —personas, hechos, lugares, situaciones—, lo retratado mira algo que nosotros no vemos porque está más allá del encuadre, y esa imposibilidad de saber refuerza en nosotros la intuición de una conciencia y una voluntad soberana que son más perceptibles porque no podemos acceder a ellas.

El espectáculo que nos ofrece el autor mexicano, Marco Antonio Hernández, en su libro *Entre la tierra y el aire*, es demasiado amplio, si no en número de páginas (212) sí en profundidad y contenido, y fluye a una velocidad excesiva: como el científico, el observador meticuloso, que hay siempre en cada uno de nosotros, elige un fragmento significativo para analizarlo en el microscopio de su cámara, recoge como en un tubo de ensayo una gota de esa corriente que de otro modo lo aturdiría. La cámara fotográfica de Marco hace las veces de ojos que reciben imágenes, es la expe-

rimentación de lo que dijo la neurociencia cuando desbarató, hace ya mucho, la ilusión de que los sentidos recogen y trasladan a la mente las cosas tal como existen fuera de nosotros.

Los fotogramas enfocan la atención sobre sí mismos, sobre la limpidez de su forma, pero también nos avisan de que hay algo detrás o por debajo, o más allá del marco; que en realidad ellos no son el mensaje, sino los mensajeros; no la solución del enigma, sino una pista que nos permitirá adentrarnos un poco más en él; no el territorio, sino tan sólo el mapa; una moneda, pero no el tesoro; el capitel de una columna o el trozo de mosaico que delatan la existencia de toda una ciudad bajo la tierra; el residuo de ADN en el que está cifrado el espanto de un trabajo demasiado rudo.

Vemos en esta obra fotos tristemente habituales de mineros, infraestructuras y paisajes que delatan una realidad de un país que vive. Las páginas nos sensibilizan la conciencia y despierta solidaridad no por lo que hay en ellas, sino por lo que no se ve, lo que está fuera del encuadre, a unos pasos de esos trabajadores que se disponen a bajar a la mina, o están en un receso, corto, para poder continuar su labor. Son fotos que alternan paisajes que parecen idílicos con otras de una rudeza real, de voces roncas y humo y olor acre de mineral troceado. Lo que estos hombres discutan importará mucho menos que lo que estén callando. Lo que delimita el encuadre sería un episodio neutro de la áspera cordialidad de una sociedad capitalista si no fuera por lo que la Historia nos ha revelado que está un poco más allá. Las peores infamias no las cuentan las palabras ni las muestran las fotografías; suceden en la normalidad y en el silencio. La dureza de la vida en la mina no se descubre aquí, está pegada a la propia condición de ese trabajo, por eso se puede parafrasear a John Donne cuando, en 1624, dijo: *La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad, por consiguiente nunca preguntes por quién doblan las campanas, doblan por ti*. Solidaridad minera.

Este libro contiene una rica invocación de la terrenalidad del mundo visible, de la naturaleza y los paisajes mineros creados por el trabajo humano, revertidos poco a poco, a veces, a un estado de desolación. Piel de seres desconocidos y probablemente ¿imaginarios? Marco pertenece a una generación de lo que conocemos otro país, minero, en el que las palabras que nombraban las cosas y los trabajos con los que hombres y mujeres se ganaban difícilmente la vida estaban anclados en la tierra y al orden arcaico de las estaciones. Un haz de luz atraviesa estas páginas. Es casi un centenar de fotografías que el paso del tiempo las convertirá, si no las ha convertido ya, en un icono de ese trabajo que enriqueció a unos pocos y no sirvió para salir de la miseria a muchos. ¿Cómo la definimos? ¿Es fotoperiodismo, documentalismo o arte? Marco colocado en el lugar apropiado, en el momento idóneo a hecho fotografías cuyo conjunto bien puede ser un libro de historia de la técnica, en la parcela restringida de la minería y metalurgia. Ese mundo minero que él aprendió a ver con los ojos del alma pero también con el ojo crítico de quien logra la lucidez necesaria

para ver los mundos que se encierran entre las penumbras de la mina: el hombre emergiendo de la oscuridad total, como si la tierra acabara de parir un nuevo minero. Los hombres y las máquinas como una extensión de sus brazos. El libro es un tributo al HOMBRE y no de la máquina; se habla del orden y la fraternidad entre los mineros; delata la relación entre los hombres y la máquina, con la tierra madre, y con la vida que podía irse en sólo instante. Porque el alma de la fotografía, se ha dicho, que es el encuentro, es una crónica, una historia, un viaje, donde nuestros compañeros son los mineros de antaño y de hoy.

También es reflejo del patrimonio industrial de la zona estudiada: el Estado de Hidalgo, donde se inició, 1555, el proceso de amalgamación de minerales de plata, por el sevillano Bartolomé de Medina, proceso por el que se extrajo más del 90% de la plata que llegó a la corona española durante su periodo virreinal americano. El historiador de la ciencia y de la técnica verá en este libro cómo la estética industrial, moderna, enseña que la máquina no sólo prolonga sino que multiplica la fuerza humana cuando estudia antiguas bombas de vapor, malacates y cuartos de máquinas, fundiciones, talleres, grandes chimeneas y calderas con escape al mundo de las estrellas.

Una obra gráfica importante que con pocas palabras no introduce en la historia de la minería y metalurgia de la plata de una zona que fue esplendorosa, y cuna de la metalurgia moderna en uno de los virreinos más pujantes: la Nueva España.

*Manuel Castillo Martos*